

Escribe Roberto Elissalde en Semanario Voces

Programa o relato, falso dilema

Hay cosas que la gente sabe. El problema es que se olvida rápido el por qué, el cómo, el con quién. Digamos que en términos sociológicos, la mayoría de la gente recuerda algunos titulares y naturaliza todo lo que le pasa. Así como durante años se naturalizó la idea de que lo mejor que uno podía hacer era irse para otro país, hoy suena natural que la fibra óptica pase por la puerta de la casa y uno, por mucho menos de lo que cuesta el cable, tenga la mejor conexión del mundo. Es normal andar peleando las tablas de índices mundiales de seguridad social o energía renovable.

Pero es más difícil que "la gente" sepa que si se hubiera perdido el plebiscito de las empresas públicas en 1992 hoy Telefónica o América Móvil habrían segmentado el país entre ricos capaces de comprar los mejores servicios y pobres sin capacidad de conexión a Internet de calidad. Si hubiéramos apostado a la inversión privada todavía estaríamos esperando la llegada de algún molino eólico "rentable" o viviríamos en el mundo de las empresas unipersonales sin derecho a licencia ni a enfermedad.

Esa ficción llamada "la gente" sabe que el país cambió para bien, con justicia social y solidaridad. Pero alguien se olvidó de ponerle el sello ideológico, la marca política a lo que se hacía.

Hoy resulta que el candidato de toda la oposición apoya la energía eólica, los telecentros gratuitos, el desarrollo de Conchillas y del puerto de Montevideo, el crecimiento agrícola, el sistema nacional de salud, el Plan Ceibal y la erradicación de asentamientos y hasta se atreve a sugerir que apoya el matrimonio igualitario.

La lucha en una sociedad democrática como la nuestra es una lucha por los significados, por el sentido a las cosas que pasan. El Frente Amplio, a través de sus dos gobiernos, cambió el país; hoy corre el riesgo de que se interprete ese cambio como una cosa que cualquiera de los otros hubiera hecho también. Sólo que mejor.

¿Y cómo se da esa lucha por el sentido? No es haciendo propaganda oficial (que tiene que ser neutra) sino propaganda política del sentido de los cambios. Y es el FA quien debe hacerlo, explicarlo, recordarlo. La organización política debe dar sentido a los cambios que se producen en la sociedad, especialmente aquellos promovidos por un gobierno de izquierda.

Pero entonces, ¿qué papel juega el programa? Debería ser la guía de la acción, pero a una sociedad no se la conduce con un documento de doscientas páginas. A un grupo puede ser, pero no a una sociedad. A la sociedad, a los ciudadanos, hay que darle una interpretación, una versión ideológica del camino elegido. Hay que desenmascarar la idea de que la derecha hubiera hecho lo mismo pero "sin burocracia ni corrupción". El formato adecuado para esta tarea no es el de un texto sino el de un relato.

El aspecto físico importa a muchos, pero más importa la capacidad para mostrar lo hecho a la luz de una interpretación política. Por esa razón es que al candidato rosado le cuesta explicar las 8 horas de los

trabajadores rurales, el BPS para las empleadas domésticas, la ley de responsabilidad empresarial, el sistema nacional integrado de salud, el impuesto progresivo a la renta, el matrimonio igualitario. Porque no tiene un relato creíble que lo explique desde su punto de vista.

El Frente Amplio no puede tener un relato tecnocrático. Su camino es y debe ser el de la lucha política de ideas. Orientada por un programa común, pero desplegada en los lugares de encuentro de los uruguayos, incluidos los comités y los medios masivos, las redes electrónicas y las organizaciones sociales.